

La transición pendiente

Nicolás Lynch

La culminación de la transición a la democracia es una tarea pendiente. No terminó con la instalación del gobierno elegido porque no se trataba de reestablecer una práctica que hubiera funcionado en el país sino de volver a intentar establecer los cimientos mismos del régimen democrático. Por ello, el efecto más importante de una transición concluída: la relativa estabilidad política no es todavía moneda corriente entre nosotros. Esto lo dicen la mayor parte de los analistas, los políticos en cambio van, tercamente, por otros derroteros.

Pareciera que los actores democráticos, gobierno y oposición incluídos, continuaran comportándose como si viviéramos en una democracia consolidada, negando a la transición como tal. Los enemigos de la democracia en cambio, mafia y radicales de izquierda, darían la impresión de tener un mayor sentido de la realidad inmediata. Estos actores sí estarían asumiendo que vivimos una transición a la democracia y que ellos deben evitar que concluya, no para perfeccionarla, ciertamente, sino para abortarla, regresándonos a algún tipo de pendiente autoritaria en la que puedan volver a sentar sus reales.

¿Por qué desarrollan esta política de avestruz los actores democráticos? Porque existe una resistencia muy grande a asumir que las tareas de la transición democrática, por ser no sólo vuelta a la democracia sino también refundación democrática, son más grandes que las políticas que puedan llevar independientemente a cabo gobierno y oposición, cada cual por su cuenta. Frente a esta negación, casi innata, a la colaboración mínima para sacar adelante una agenda de interés común es que se reacciona negando el problema de fondo.

Ante esta situación el gobierno quizás ha dado algunos pasos más que la oposición democrática. El lanzamiento del Diálogo para un Acuerdo Nacional es prueba de ello y las múltiples mesas de diálogo para resolver problemas locales a lo largo y ancho del Perú también. Sin embargo, otro evento de diálogo, el que culminara con la Declaración de Arequipa ha señalado el límite de estos esfuerzos de acción común. Ni el largo plazo en el que insiste ubicarse el Acuerdo Nacional, ni las soluciones inmediatas de las mesas departamentales son suficientes como esfuerzo concertado para culminar la transición. Hay necesidad de más, de mucho más.

La Declaración de Arequipa señala el camino, al tener que resolver una coyuntura específica, abriendo las puertas para que se toque un tema de fondo, me refiero al replanteamiento de la relación democracia-política económica, que está implícita en este importante documento. A partir del diálogo arequipeño hay necesidad de que el Acuerdo Nacional toque también temas de corto plazo, enmarcados ciertamente en las grandes políticas que están a punto de aprobarse, pero dirigidos sin mediación alguna a lograr consensos que permitan desde el Ejecutivo y el Legislativo el logro de la tan ansiada estabilidad institucional.

El efecto inmediato de profundizar con las herramientas del diálogo y el consenso aislará a los enemigos de la democracia e impedirá también que los demócratas incautos les continúen haciendo el juego. De esta manera habremos dado pasos efectivos en cumplir las tareas pendientes de la transición democrática.